

# CANTO I

## *Concilio de los dioses - Exhortación de Atenea a Telémaco*

Háblame, Musa, de aquel varón de gran ingenio que, después de destruir la sagrada ciudad de Troya, anduvo peregrinando larguísimo tiempo. Vio las poblaciones, conoció las costumbres de muchos hombres y padeció un gran número de dificultades en su navegación por el mar, mientras buscaba salvar su vida y procurar la vuelta de sus compañeros a la patria. Aun así, no pudo librarlos, como deseaba, y todos fallecieron por sus propias locuras. ¡Insensatos! Se comieron el ganado del Sol, hijo de Hiperión, el cual no les permitió su regreso. ¡Oh, diosa, hija de Zeus! Cuéntanos, aunque no sea más que una parte de tales cosas.

En aquel tiempo, los que habían podido escapar de una muerte horrorosa ya estaban en sus hogares, a salvo de los peligros de la guerra y del mar. Solamente Odiseo (que tanta necesidad sentía de regresar a su patria y ver a su compañera

de destino) se encontraba detenido por Calipso, la ninfa majestuosa, la divina entre las deidades, que anhelaba tomarlo por esposo. Con el transcurso de los años, por fin llegó la época en que los dioses habían decretado que volviera a su patria, a Ítaca, aunque no por eso terminarían sus batallas, ni siquiera después de juntarse con los suyos. Todos los dioses lo compadecían, a excepción de Poseidón, que permaneció constantemente irritado contra el divino Odiseo hasta que el héroe no llegó a su tierra.

Sin embargo, Poseidón se había ido al lejano pueblo de los etíopes (los últimos de los hombres que forman dos grupos que habitan, respectivamente, hacia el ocaso y hacia la salida del Sol) para asistir a una hecatombe de toros y corderos. Mientras Poseidón se deleitaba presenciando el festín, se reunieron las otras deidades en el palacio de Zeus Olímpico. El primero en hablar fue el padre de los hombres y de los dioses, porque en su ánimo tenía presente a Egisto, quien mató al famoso Agamenón. Acordándose de él, habló a los inmortales de esta manera:

ZEUS.— ¡Oh, dioses! ¡De qué modo los mortales nos culpan! Dicen que las cosas malas les vienen de nosotros, pero son ellos quienes con sus locuras se atraen infortunios. Así ocurrió con Egisto: oponiéndose a la voluntad del hado, el destino, se casó con la mujer legítima del héroe Agamenón y lo mató cuando regresaba a su patria, a pesar de que supo la terrible muerte que padecería luego. Nosotros mismos le habíamos enviado a Hermes, el vigilante Argifontes, para

advertirle que no lo hiciera ni pretendiera a su esposa, ya que Orestes Atrida, su hijo, tenía que tomar venganza apenas llegara a la juventud y sintiera el deseo de volver a su tierra. Así se lo declaró Hermes, pero no logró persuadirlo, y ahora Egisto lo ha pagado todo.

Le respondió Atenea, la deidad de los brillantes ojos:

ATENEA.— ¡Zeus, hijo de Cronos! ¡Padre nuestro, el más excelso de los que imperan! Aquel yace en la tumba tras haber padecido una muerte muy justificada. ¡Así muera quien obre de semejante modo! Pero se me quiebra el corazón por el prudente y desgraciado Odiseo. Desde hace mucho tiempo padece penas lejos de los suyos, en una isla azotada por las olas, en el centro del mar. Una isla poblada de árboles, en la cual tiene su mansión una diosa, la hija del terrible Atlante, de aquel que conoce todas las profundidades del mar y sostiene las grandes columnas que separan la tierra y el cielo. La hija de este dios retiene al infortunado y afligido Odiseo, sin ceder en su propósito de seducirlo con tiernas y cautivadoras palabras para que se olvide de Ítaca. Pero el héroe, que está deseoso de ver el humo de su país natal, ya siente anhelos de morir. ¿Y a ti, Zeus Olímpico, no se te conmueve el corazón? ¿No te era grato Odiseo cuando sacrificaba junto a las naves de los habitantes de Argos, los argivos? ¿Por qué te has enfurecido con él, oh, Zeus?

Le contestó Zeus, que amontona las nubes:

ZEUS.— ¡Hija mía! ¡Qué palabras dices! ¿Cómo quieres que olvide al divino Odiseo, que por su inteligencia sobresa-

le entre los demás mortales y siempre ofreció muchos sacrificios a los inmortales dioses que poseen el anchuroso cielo? Pero Poseidón, que ciñe la tierra, le guarda vivo y constante rencor porque cegó al cíclope, al deiforme Polifemo. Él, el más fuerte de todos los cíclopes, que nació de la ninfa Toosa, hija de Forcis que impera en el mar estéril, después de que esta se uniera con Poseidón. Desde entonces, quien sacude la tierra, si bien no se ha propuesto matar a Odiseo, hace que vaya errante lejos de su patria. Pero busquemos su retorno y la forma en que finalmente pueda llegar a su patria. Sin embargo, Poseidón se enojará violentamente y no podrá contener su cólera, solo y contra la voluntad de los dioses, y con todos los inmortales.

Le respondió enseguida Atenea, la deidad de los brillantes ojos:

ATENEA.— ¡Padre nuestro, el más excelso de los que imperan! Si les place a los bienaventurados dioses que el prudente Odiseo vuelva a su casa, mandemos a Hermes, el mensajero Argifontes, a la isla Ogigia. Manifieste cuanto antes a Calipso, la ninfa de hermosas trenzas, la resolución que hemos tomado, para que el héroe se ponga en camino. Yo, en tanto, me iré a Ítaca, instigaré vivamente a su hijo y le infundiré valor en el pecho para que llame al ágora a los aqueos de larga cabellera y prohíba la entrada en el palacio a todos los pretendientes, que seguido le degüellan muchísimas ovejas y bueyes de retorcidos cuernos. Y le llevaré después a Esparta y a la arenosa Pilos para que, preguntando y viendo si puede

saber noticias de su padre, consiga ganar honrosa fama entre los hombres.

Dicho esto, se calzó las divinas sandalias de oro que la llevaban sobre el mar y sobre la tierra inmensa con la rapidez del viento. Agarró la lanza de punta de bronce, pesada, larga y robusta, con la cual destruye filas enteras de héroes siempre que contra ellos monta en cólera. Descendió presurosa de las cumbres del Olimpo y, encaminándose al pueblo de Ítaca, se detuvo en el vestíbulo de la morada de Odiseo, en el umbral que precedía al patio. Atenea empuñaba la lanza y había tomado la figura de un extranjero, de Mentos, rey de los tafios. Halló a los pretendientes, que para entretenerse jugaban a los dados ante la puerta de la casa, sentados sobre cueros de bueyes que ellos mismos mataron.

Varios heraldos y diligentes servidores les mezclaban vino y agua; y otros limpiaban las mesas con esponjas, las colocaban en su sitio, y trinchaban carne en abundancia.

El primero en advertir la presencia de la diosa fue Telémaco. Se hallaba en medio de los pretendientes, con el corazón apesadumbrado. Tenía el pensamiento fijo en su valeroso padre, Odiseo, por si, al volver, dispersaba a aquellos y recuperaba la dignidad real y el dominio de sus riquezas. Tales cosas meditaba, cuando vio a Atenea. De inmediato fue hacia el vestíbulo, muy indignado de que un huésped tuviera que esperar tanto tiempo en la puerta, tomó por la mano a la diosa, agarró la lanza de bronce y le dijo estas palabras:

TELÉMACO.— ¡Salve, huésped! Entre nosotros has de recibir amistoso acogimiento. Y después de que hayas comido, nos dirás si necesitas algo.

Hablando así, empezó a caminar y Palas Atenea le fue siguiendo. Ya en el interior del excelso palacio, Telémaco colocó la lanza en una alta columna, metiéndola en la hermosa lancera donde había muchas lanzas de Odiseo. Hizo sentar a la diosa en un sillón, después de tender en el suelo una linda alfombra bordada y de colocar un banquillo para los pies. Acercó para sí una silla. Colocó todo aparte de los pretendientes para que no le disgustara la comida o molestara el tumulto de aquellos varones soberbios, y él, a su vez, pudiera interrogarle sobre su padre ausente. Una esclava llevó un magnífico jarro de oro con agua para que se lavaran las manos y les puso delante una gran mesa. La venerable dispusiera les trajo pan y dejó en la mesa buen número de manjares. El trinchante les sirvió platos de carne de todas clases y colocó copas de oro. Y un heraldo se acercaba a menudo para escanciarles vino.

Estaban en esto, cuando entraron los orgullosos pretendientes. Apenas se sentaron por orden en sillas y sillones, los heraldos les llevaron agua para lavarse las manos, las esclavas amontonaron el pan en los canastillos, los mancebos llenaron las vasijas de vino, y todos los comensales echaron mano a las viandas que les habían servido. Satisfechas las ganas de comer y beber, su pensamiento se ocupó en otras cosas: el canto y el baile, que son los ornamentos del banquete. Un

heraldo puso la bellísima cítara en las manos de Femio, el poeta cantor, a quien obligaban a cantar ante los pretendientes. Y mientras Femio comenzaba al son de la cítara un hermoso canto, Telémaco se dirigió a Atenea, la de los brillantes ojos, después de aproximar su cabeza a la deidad para que los demás no se enteraran:

TELÉMACO.— ¡Apreciado huésped! ¿Te enojarás conmigo por lo que voy a decir? Estos solo se ocupan en cosas como la cítara y el canto. Y nada les cuesta, pues devoran impunemente la riqueza de otro, la de un varón cuyos blancos huesos se pudren en el continente por la lluvia o los revuelven las olas en el seno del mar. Si le vieran regresar a Ítaca, preferirían tener los pies ligeros a ser ricos de oro y de vestidos. Pero aquel ya murió, víctima de su aciago destino, y no hay que esperar su retorno. Aunque alguno de los hombres mortales afirme que aún volverá, el día de su regreso no llegará jamás. Pero, vamos, habla y responde sinceramente: ¿Quién eres y de qué país procedes? ¿Dónde se hallan tu ciudad y tus padres? ¿En cuál embarcación llegaste? ¿Cómo te trajeron los marineros a Ítaca? ¿Quiénes son? Pues no me imagino que hayas venido caminando. Dime también la verdad de esto: ¿Vienes por primera vez o has sido huésped de mi padre? Son muchos los que conocen nuestra casa, porque Odiseo acostumbraba visitar a los demás hombres.

Le respondió Atenea, la deidad de los brillantes ojos:

ATENEA.— De todo esto voy a informarte. Me jacto de ser Mentos, hijo del belicoso Anquíalo, y de reinar sobre

los tafios, amantes de manejar los remos. He llegado en mi barco, con mi gente, pues navego por el oscuro mar hacia unos hombres que hablan otro lenguaje. Voy a Témesa para traer bronce, llevándoles luciente hierro. Anclé la embarcación cerca del campo, antes de llegar a la ciudad, en el puerto Retro que está al pie del selvoso Neyo. Nos cabe la honra de que ya nuestros progenitores se daban mutua hospitalidad desde hace mucho, como se lo puedes preguntar al héroe Laertes. Él, según me han dicho, ya no viene a la población, sino que deambula en el campo. Le atormentan los pesares, y tiene una anciana esclava que le da de comer y de beber cuando se le cansa el cuerpo de arrastrarse por la fértil viña. Vine porque me aseguraron que tu padre estaba de vuelta en la población, pero sin duda se lo impiden las deidades, poniéndole obstáculos a su retorno. El divino Odiseo no desapareció aún de la fértil tierra, pues vive y está detenido en el vasto mar, en una isla que surge de entre las olas, desde que cayó en poder de hombres crueles y salvajes que lo retienen en su contra. Ahora predeciré lo que ha de suceder, según los dioses me lo inspiran en el ánimo, y yo creo que ha de verificarse porque no soy adivino ni hábil intérprete de sueños: *Odiseo no estará mucho tiempo fuera de su patria, aunque lo sujeten férreos vínculos; antes hallará algún medio para volver, ya que es ingenioso en sumo grado.* Pero, vamos, habla y dime con sinceridad si eres el hijo del propio Odiseo. Es extraordinario tu parecido en la cabeza y en los bellos ojos. Bien lo recuerdo, pues nos reuníamos a menudo antes de que se embarcara

para Troya, adonde fueron los príncipes argivos en las naves. Desde entonces ni yo le he visto, ni él a mí.

Le contestó el prudente Telémaco:

TELÉMACO.— Voy a hablarte, oh, huésped, con gran sinceridad. Mi madre afirma que soy hijo de él, y no sé más. Nadie consiguió conocer por sí mismo su propio linaje. ¡Ojalá que fuera descendiente de un hombre dichoso que envejeciera en su casa, rodeado de sus riquezas! Sin embargo, ahora dicen que desciendo, ya que me lo preguntas, del más infeliz de los mortales hombres.

Le contestó Atenea, la deidad de los brillantes ojos:

ATENEA.— Los dioses no deben de haber dispuesto que tu linaje sea oscuro, cuando Penélope te ha parido cual eres. Mas, vamos, habla y dime con franqueza: ¿Qué comida, qué reunión es esta, y qué necesidad tienes de darla? ¿Se celebra un banquete o un casamiento? Porque no nos hallamos, evidentemente, en un festín en el que cada uno contribuya con su parte. Me parece que los que comen en el palacio con tal arrogancia ultrajan a alguien. Cualquiera hombre sensato se indignaría al presenciar sus muchas torpezas.

Le contestó el prudente Telémaco:

TELÉMACO.— ¡Huésped! Ya que tales cosas preguntas e inquieres, te diré que esta casa fue opulenta y respetada mientras aquel varón permaneció en el pueblo. Cambió después la voluntad de los dioses, quienes, maquinando males, han hecho de Odiseo el más ignorado de todos los hombres. Yo me afligiría de tal suerte, si acabara la vida entre sus com-

pañeros, en el país de Troya, o en brazos de sus amigos luego de que terminó la guerra. De haber sido así, todos los aqueos le habrían erigido un monumento y hubiera legado a su hijo una gloria inmensa. Ahora desapareció sin fama, arrebatado por las Harpías. Su muerte fue oculta e ignorada, y tan solo me dejó pesares y llanto. No me lamento y gimo únicamente por él, que los dioses me han enviado otras funestas calamidades. Cuantos hombres eminentes mandan en las islas, en Duliquio, en Same y en la selvosa Zacinto, y cuantos imperan en la áspera Ítaca, todos pretenden a mi madre y arruinan nuestra casa. Mi madre ni rechaza las odiosas nupcias, ni sabe poner fin a tales cosas. Aquellos comen y agotan mi riqueza, y pronto acabarán conmigo mismo.

Le respondió Atenea, muy indignada:

ATENEA.— ¡Oh, dioses! ¡Qué falta te hace el ausente Odiseo para que ponga sus manos en los desvergonzados pretendientes! Si regresara y apareciera ante el portal de esta casa, con su yelmo, su escudo y sus dos lanzas, como la primera vez que lo vi en la mía, bebiendo y recreándose, cuando volvió de Éfira, del palacio de Ilo Mermérida (fue allá en su velera nave por un veneno mortal con que pudiera teñir las flechas, pero Ilo, temeroso de los dioses, no se lo proporcionó, y mi padre se lo entregó, que lo quería muchísimo)... Si, pues, Odiseo se encontrara con los pretendientes, su vida sería muy corta y muy amargas sus nupcias. Pero está en manos de los dioses si ha de volver y tomar venganza en su palacio. Te exhorto a que medites cómo arrojarás de aquí a

los pretendientes. Óyeme, si te place, y presta atención a mis palabras. Mañana convoca en el ágora a los héroes aqueos, háblales y que sean testigos las propias deidades. Exige a los pretendientes que se retiren y se vayan a sus casas. Y si a tu madre el ánimo la mueve a casarse, que vuelva al palacio de su muy poderoso padre y allí le dispondrán las nupcias y le prepararán una dote tan cuantiosa como debe llevar una hija amada. También a ti te daré un prudente consejo, por si te decidieras a seguirlo: Prepara la mejor embarcación que encuentres, con veinte remeros. Ve a preguntar por tu padre, cuya ausencia se hace ya tan larga, y quizás algún mortal te hablará de él o llegará a tus oídos la fama que procede de Zeus, y es la que más difunde la gloria de los hombres. Trasládate primero a Pilos e interroga al divinal Néstor. Desde allí endereza los pasos a Esparta, al rubio Menelao, que ha llegado como el último de los argivos de armadura de bronce. Si oyeras decir que tu padre vive y ha de volver, súfrelo todo un año más, aunque estés afligido; pero si te dijeran que ha muerto y ya no existe, regresa de inmediato a la patria, érigele un monumento, hazle las muchas exequias que se le deben, y búscale a tu madre un esposo. Ya que hayas llevado a cabo todas estas cosas, medita en tu mente y en tu corazón cómo matarás a los pretendientes en el palacio: si mediante el engaño o abiertamente. Es preciso que no andes en niñerías, que ya no tienes edad para ello. ¿Acaso no sabes cuánta gloria ha ganado ante los hombres el divinal Orestes desde que hizo perecer a quien mató a su ilustre padre, al terrible

Egisto? También tú, amigo, ya que veo que eres valiente y de elevada estatura, sé fuerte para que te elogien. Yo me voy hacia la velera nave y con los amigos que ya deben estar cansados de esperarme. Procura hacer cuanto te dije y acuérdate de mis consejos.

Le respondió el prudente Telémaco:

TELÉMACO.— Me dices estas cosas de una manera tan benévola, como un padre a su hijo, que nunca jamás podré olvidarlas. Pero, vamos, aguarda un poco, aunque tengas prisa por irte. Después de que te bañes y deleites tu corazón, volverás alegremente a tu nave, llevándote un regalo precioso, muy bello, para guardarlo como presente mío, que tal es la costumbre que suele seguirse con los huéspedes amados.

Le contestó Atenea, la deidad de los brillantes ojos:

ATENEA.— No me detengas, oponiéndote a mi deseo de irme enseguida. El regalo con que tu corazón quiere obsequiarme, me lo entregarás a tu regreso para que me lo lleve a mi casa: escógelo muy hermoso y será justo que te lo recompense con otro semejante.

Diciendo esto, Atenea partió: se fue la diosa volando como un pájaro, después de infundir en el espíritu de Telémaco valor y audacia, y de avivarle aún más el recuerdo de su padre. Telémaco, considerando en su mente lo ocurrido, se quedó atónito, porque ya sospechaba que había hablado con una deidad.

Y aquel varón, que parecía un dios, se apresuró a ir con los pretendientes.

Ante estos, que le oían sentados y silenciosos, cantaba el ilustre aedo, el poeta cantor, la vuelta deplorable que Palas Atenea deparara a los aqueos, a todos los que habían luchado en la Guerra de Troya, cuando partieron de ahí. La discreta Penélope, hija de Icario, oyó de lo alto de la casa la divinal canción, que le llegaba al alma. Bajó por la larga escalera, pero no sola, pues la acompañaban dos esclavas. Cuando la divina entre las mujeres llegó adonde estaban los pretendientes, se detuvo junto a la columna que sostenía el techo sólidamente construido, con las mejillas cubiertas por un espléndido velo y una honrada doncella a cada lado. Con los ojos llenos de lágrimas, le dijo al divinal cantor:

PENÉLOPE.— ¡Femio! Ya que sabes muchas otras hazañas de hombres y de dioses que recrean a los mortales y son celebradas por los poetas, cántales alguna de esas sentado ahí, en el centro, y todos escúchenla silenciosamente y bebiendo vino. Pero deja ese canto triste que me angustia el corazón, ya que se apodera de mí un pesar grandísimo. ¡Tal es la persona por quien padezco esta soledad, por acordarme siempre de aquel hombre cuya fama es grande en la Hélade y en el centro de Argos!

Le replicó el prudente Telémaco:

TELÉMACO.— ¡Madre mía! ¿Por qué quieres prohibir al amable aedo que nos divierta como su mente se lo inspira? No son los aedos los culpables, sino Zeus que distribuye sus presentes a los varones de ingenio del modo que le place. No se deberá censurar a Femio porque canta la suerte aciaga de

los aqueos, pues los hombres alaban con preferencia el canto más nuevo que llega a sus oídos. Resígnate en tu corazón y en tu ánimo a oír ese canto, ya que no fue Odiseo el único que perdió en Troya la esperanza de volver; hubo otros muchos que también perecieron. Pero vuelve ya a tu habitación, ocúpate en las labores que te son propias, el telar y la rueca, y ordena a las esclavas que se apliquen al trabajo. De hablar nos encargamos los hombres, y principalmente yo, que estoy al mando en esta casa.

Muy asombrada, Penélope se regresó a su habitación, resolviendo en su ánimo las palabras de su hijo. Apenas subió con las esclavas a lo alto de la casa, se echó a llorar por Odiseo, su apreciado amado, hasta que Atenea le infundió en los párpados el dulce sueño.

Los pretendientes hacían alboroto en la oscura sala y todos deseaban acostarse con Penélope en su mismo lecho. Mas el prudente Telémaco comenzó a decirles:

TELÉMACO.— ¡Pretendientes de mi madre que se portan con orgullosa insolencia! Gocemos ahora del festín y cesen sus gritos, pues es muy hermoso escuchar a un aedo como este, tan parecido por su voz a las propias deidades. Al romper el alba, nos reuniremos en el ágora para que yo les diga abiertamente que salgan del palacio: hagan otros festines y coman de sus bienes, convidándose entre sí en sus propias casas. Pero si les pareciera mejor y más acertado destruir impunemente los bienes de un solo hombre, sigan consumiéndolos. Yo invocaré a los eternos dioses, por si algún día nos

concede Zeus que sus obras sean castigadas, y quizás mueran en este palacio sin que nadie los vengue.

Así dijo; y todos se mordieron los labios, admirándose de que Telémaco les hablara con tanta audacia.

Pero Antínoo, hijo de Eupites, le repuso diciendo:

ANTÍNOO.— ¡Telémaco! Son ciertamente los mismos dioses quienes te enseñan a ser grandilocuente y a hablar con audacia. Pero no quiera el hijo de Cronos que llegues a ser rey de Ítaca, rodeada por el mar, como te corresponde por el linaje de tu padre.

Le contestó el prudente Telémaco:

TELÉMACO.— ¡Antínoo! ¿Te enfadarás acaso por lo que voy a decir? Es verdad que me gustaría serlo, si Zeus me lo concediera. ¿Acaso crees que reinar sea la peor desgracia para los hombres? No es malo ser rey, porque la casa del mismo se enriquece pronto y su persona se ve más honrada. Pero muchos príncipes aqueos, entre jóvenes y ancianos, viven en Ítaca, rodeada por el mar: reine cualquiera de ellos, ya que murió el divinal Odiseo, y yo seré señor de mi casa y de los esclavos que este adquirió para mí como botín de guerra.

Le respondió Eurímaco, hijo de Pólipo:

EURÍMACO.— ¡Telémaco! Está puesto en manos de los dioses cuál de los aqueos ha de ser el rey de Ítaca, rodeada por el mar. Pero tú sigue disfrutando de tus bienes, manda en tu palacio, y jamás, mientras Ítaca sea habitada, venga algún hombre a despojarte de ellos contra tu voluntad. Ahora, gran Telémaco, deseo preguntarte por el huésped. ¿De dónde

vino tal sujeto? ¿De qué tierra se gloria ser? ¿En qué país se hallan su familia y su patria? ¿Te ha traído noticias de la vuelta de tu padre o ha llegado con el único propósito de cobrar alguna deuda? ¿Por qué se levantó y se fue tan rápidamente, sin aguardar a que lo conociéramos? Dado su aspecto, no debe ser un miserable.

Le contestó el prudente Telémaco:

TELÉMACO.— ¡Eurímaco! Ya se acabó la esperanza del regreso de mi padre. No doy fe a las noticias, vengan de donde vengan, ni me fío de las predicciones que haga un adivino a quien mi madre llame e interrogue en el palacio. Este huésped mío ya lo era de mi padre y viene de Tafos: se precia de ser Mentos, hijo del belicoso Anquílo, y reina sobre los tafios, amantes de manejar los remos.

Así habló Telémaco, aunque en su mente había reconocido a la diosa inmortal. Volvieron los pretendientes a disfrutar de la danza y del deleitoso canto, y así esperaban que llegara la oscura noche. Esta llegó cuando aún se divertían, y entonces partieron y se acostaron en sus casas. Telémaco subió a su habitación que para él se había construido dentro del hermoso patio, en un lugar visible por todas partes. Se fue directamente a la cama, meditando en su espíritu muchas cosas. Le acompañaba, con antorchas encendidas en la mano, Euriclea, hija de Ops Pisenórida, la de castos pensamientos, a la cual comprara Laertes en otra época, apenas llegada a la pubertad, por el precio de veinte bueyes. En el palacio la honró como a una casta esposa, pero jamás se acostó

con ella para que su mujer no se enojara. Aquella, pues, alumbraba a Telémaco, por ser la esclava que más lo amaba y la que le había criado desde niño. Apenas llegó, abrió la puerta de la habitación sólidamente construida. Telémaco se sentó en la cama, se quitó la delicada túnica y se la dio en las manos a la prudente anciana. Ella, después de alisar los pliegues, la colgó de un clavo que había junto al lecho de madera. Enseguida salió de la estancia, cerró la puerta, tirando del anillo de plata, y echó el cerrojo por medio de una correa. Y Telémaco, bien cubierto de un vellón de oveja, pensó toda la noche en el viaje que Atenea le había aconsejado.